

“Esta novela —en el sentido de epopeya en prosa— está apoyada en el verso pues el canto es privilegio primitivo”. Es decir, canto épico como la *Iliada*, la *Odisea* o el *Cantar de los Nibelungos*, narración de los mitos de origen de una cultura milenaria, en la que, en este caso, subyace la doctrina de que el mundo de la vida es un sueño: “Cuando Nam Yavarí se miró como quien despertara en casa ajena, sus ojos asombrados empezaron a descubrir el mundo...”, leo este comienzo y veo a cada uno de los hombres viajando en su memoria al momento en que ya no hay más recuerdos hacia atrás, solo sombras. Y entonces desde allá hacia el presente, la vida se configura como un despertar: “— Alguien lo soñaría —pensó al oír silbar en la distancia un pájaro no escuchado antes”.

Parafraseando el primer principio del *Kyballión*, que a su vez se asemeja a la revelación de los antiguos vedas en sus correspondencias ocultas, podemos decir que todo lo que existe es producto de un sueño.

La doctrina de la creación como un sueño, además de ser un mito tan antiguo como el hombre, podría también pensarse como el arquetipo de la fuente o del manantial que hace posible todo tipo de fundaciones míticas del ser o de concepciones de la existencia.

El yacente que sueña es Antel, nombre que podríamos descomponer en “ante Él”, lo cual significa en presencia de Él: la gran presencia; pero también “antes de Él”, el estado previo al ser, la nada.

Así mismo Ildar, nombre de la mujer que acompaña a Nam Yavarí en su existencia soñada, se puede descomponer en Id más lar: Id, del verbo ir; y lar, cuyo significado es hogar; o sea, quien consigo lleva el hogar.

A menudo, Manuel repetía en medio de la conversación que, a pesar de todos sus poderes, lo único que Dios no podía era dejar de existir, motivo que ronda sus cuentos una y otra vez. Como el Dios que les habían inculcado en la formación de la infancia murió para ellos, a Manuel le tocó arreglárselas con el creador del mundo de la vida en la persona de un fabulador que recorre sus obras desde su más temprana juventud y que puede llamarse Bernardo, Roberto, Medardo, Juan Paramuno...; pero cuyo nombre de partida es el suyo, dispuesto, como Virgilio, a la creación de la epopeya que le da sentido al hombre americano.

Luis Fernando Macías

Evocación personal de Manuel Mejía Vallejo

Jorgelina Corbatta

Ante el pedido de una colaboración para conmemorar a Manuel Mejía Vallejo en su centenario tengo, como diría el tango,

“miedo del encuentro con el pasado que vuelve a enfrentarse con mi vida”.¹ Los recuerdos, desordenados, se agolpan y, tras

años de olvido voluntario e involuntario, pujan por salir a la superficie rompiendo la delgada capa que los cubre; años ocupados en la recreación de una *nueva persona*, producto de vivencias e intereses modelados por diferentes circunstancias lingüístico y socioculturales.

Vuelve así la salida del país a fines de enero del 78, rumbo a Bogotá, con mi marido y mis dos hijos pequeños como consecuencia del *coup d'état* en Argentina; vuelve la llegada a Medellín, primero entrevistada y luego contratada como profesora en la Universidad de Antioquia; vuelve la repetida pregunta de mis estudiantes acerca de mi parentesco con Orestes Corbatta, o si yo era capaz de cantar tangos. Y mi honesta, pero desalentadora respuesta: “No, ningún parentesco con el, al parecer mítico, futbolista; no canto tangos, sólo soy capaz de bailarlo siguiendo la hábil conducción de mi marido” quien era (aclaraba) el que, verdaderamente, pertenecía a la generación tanguera porteña. Nunca pude remediar la primera carencia, pero pude enmendar parcialmente la segunda cuando, de vuelta a la Universidad de Antioquia, en 1983 (tras una estadía en los Estados Unidos para hacer mi doctorado), decidí emprender una investigación que llamé “El tango y el mito Gardel en Medellín. Imaginario colectivo y transposición literaria”, investigación apoyada por la Universidad de Antioquia y una beca del ICFES (Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior). Pese a mis reiterados intentos de publicarlo, este manuscrito permanece aún inédito, pero confío que vea la luz este año, consagrado al centenario de Mejía Vallejo. Mi investigación estudia un material importantísimo para la memoria colectiva de Medellín y su entorno al centrarse en la aculturación del tango rioplatense en Antioquia, su imagi-

nario colectivo y la configuración mítica de Gardel tras su muerte en Medellín, que confluye –y culmina– con el análisis de la novela de Manuel Mejía Vallejo, *Aire de tango*, como documento sociológico, a la vez que transposición literaria.

Durante la investigación, acompañada por varios voluntarios seducidos por la empresa (en particular Jesús Dapena, a quien llamé *mi fotógrafo de lujo* dado que su verdadera profesión es psiquiatra y psicoanalista) tuve ocasión de visitar lugares como los bares tangueros de la legendaria Guayaquil, de Manrique, Bello o Envigado; aprender de estudiosos como Orlando Mora, Hernán Restrepo Duque o Hernán Caro; entrevistar a mis fanáticos colegas tangueros de Historia (Jaime Henao, el *Pibe*, quien visitara Buenos Aires en ritualístico viaje de peregrinación a la fuentes: Caminito, la Recova, Café de los Angelitos, el Tortoni) o Derecho (Carlos Gaviria u Orlando Mora, quien me enseñó el significado de la palabra *copisoler*); tomar contacto con el legendario “Gordo Aníbal”, a quien *Gardel le hacía milagros*, o con la excelente pintora Dora Ramírez (recreadora de mitos, al igual que mi colega en literatura, Elkin Restrepo); degustar exquisiteces en la confitería Versalles, propiedad de mi compatriota Leonardo Nieto, y visitar en Manrique la Casa Gardeliana, fundada por él. Para no mencionar mis largas charlas, encontrando siempre nuevos ángulos para pensar el fenómeno, con el entrañable y cultísimo Alberto Aguirre quien fue, según él, el único del grupo que sí escuchó cantar a Gardel (“Yo fui, tenía nueve años, con un tío mío /.../. Lo único que recuerdo es que él salía solo al escenario, ponía un pie arriba de una silla, cogía la guitarra y cantaba”).

Vuelvo a hojear *Coplas para el olvido* y, desde la portada leo una vez más la dedicato-

ria: “Bueno, Jorgelina, aquí te llegan estas coplas de un trovador frustrado. Ojalá te gusten. Cordialmente, Manuel Mejía Vallejo. Ziruma, julio 11, 1987”, palabras que me reinstalan en nuestro encuentro en la montaña, en su casa llena de recuerdos, libros, fotos, pinturas. Y me vuelve su voz, gruesa por el tabaco y el alcohol, sus mansos ojos y bellas manos, sus maneras a la vez elegantes y campesinas. Y una pregunta surge, acuciante: ¿cuándo fue la primera vez que encontré a Manuel? No puedo contestarla porque pareciera que no hubo una primera vez, ya que, desde mi llegada a Medellín, Manuel estuvo siempre, y en todas partes, *presente*. Viviendo yo en el Barrio Carlos E. Restrepo, sus talleres literarios, en la próxima (y muy frecuentada por mí) Biblioteca Pública Piloto, eran legendarios junto a la hospitalaria presencia de su directora, Gloria Inés Palomino. En esa biblioteca estuvo Manuel cuando la visita de Borges y María Kodama; o en 1979, con el alegre *combo* de Camilo José Cela, Darío Ruiz Gómez, Juan Rulfo, Gustavo Álvarez Gardeazábal, Fernando Soto Aparicio, Manuel Puig, de vuelta todos ellos del Congreso de Escritores Hispanoamericanos en Cali. Manuel era también presencia constante en los congresos de la Asociación de Colombianistas (de la que fuera socio-fundador).² En especial, recuerdo ahora el congreso de 1986, en la Universidad Javeriana en Bogotá, organizado por Marino Troncoso, estudioso de su obra, donde se lo nombró profesor honorario y que contó con la presencia del presidente colombiano, Belisario Betancur.

Releo lo anterior y pienso que tal vez sea conveniente decir *desde dónde* escribí sobre el tango y el mito Gardel en Antioquia, sobre Mejía Vallejo (durante mi estadía en Medellín y luego desde fuera) y, en especial, sobre su novela *Aire de tango*, escritura

que no sólo consistió en artículos de crítica literaria, sino también como participante de un concurso literario, bajo el seudónimo de “La novia del Plata”, ensayo que recibió el segundo premio.³ Ese lugar fue el de una extranjera, el de alguien que por primera vez pasaba a vivir en otro país que no fuera la Argentina, con toda la ambivalencia y diferencia que ello implica. Respecto del tango, es claro que me sentía orgullosa del culto que se le profesaba, lo mismo que a Gardel. Mi tesis doctoral, transformada luego en libro, se tituló *Mito personal y mitos colectivos en las novelas de Manuel Puig*. Por ello, el mito/el proceso de mitificación, junto al fenómeno de la aculturación del tango rioplatense en Antioquia me fascinaban, no sólo en relación con mi propia identidad sino también como preocupación intelectual y creativa. En cierta forma, Manuel Puig, recreando el mundo de Hollywood en el cine de un pueblo perdido en la pampa tenía su paralelo en el compadrito y Gardel recreados por *el otro Manuel*, Manuel Mejía Vallejo, en el Jairo antioqueño. Ese Jairo que, como escribí en otra parte, se convierte en el oficiante de un culto pagano, ya que al bucear en la vida de Gardel se busca a sí mismo, al tiempo que se confunde con él. Y así, Gardel es a la vez mito, héroe, divinidad como reflejo y consuelo de las propias desdichas en un tiempo y lugar *delegados* –fuera del mundo– que se recrean en Guayaquil. Asimismo, la inocente y hospitalaria pregunta de mis estudiantes me forzaba a retomar/reflexionar sobre mi propia identidad, argentina de segunda generación con raíces ítalo-españolas inserta por voluntaria migración en lo que sentía “como mi segunda patria, Colombia”. Aunque Colombia era, y no era, mi patria ya que, en cuanto abría la boca, el acento argentino me denunciaba y suscitaba una doble respuesta: acento atractivo por diferente, pero

...Silencios, despojamiento y un fervor por lo que desaparece y





Luis Fernando Peláez, digital / serigrafía, papel de algodón entelado, 64 x 51,5 cm, edición 100 / 100

también sospechoso por no “adoptar (como me dijo una vez un colega), como mis dos hijos, el tono y los modismos locales”. Nunca pude *amarrarme los tenis* (yo me ataba las zapatillas); *parquear el carro* o brindar con aguardiente, en lugar de vino. Estaba feliz, sin embargo, usando el *vos* como lo hacían los *paisas*, pero no podía pasar sin transición alguna del *vos* al *usted*, angustiada cuando así lo hacía mi interlocutor, preguntándome en qué lo había ofendido cuando imponía –según mi perspectiva–, distancia entre ambos mediante el uso del *usted* (experiencia que tuve, por primera vez, hablando con mi colega Jaime Alberto Vélez en una reunión del entonces Departamento de Lingüística y Literatura de la Universidad de Antioquia). Por otra parte, vivir en el trópico, con su riqueza de color y vida, su música y baile, la calidez de su gente y el apoyo de los nuevos amigos, era un placer de la mente y los sentidos. Sentía una libertad nunca experimentada antes, sobre todo viniendo de un país bajo dictadura militar en donde la censura pronto se volvía autocensura y donde la constante preocupación por “no hacer el ridículo” coartaba a menudo la espontaneidad.⁴

Me gustaría terminar esta evocación, breve y por lo tanto, necesariamente incompleta, con una referencia a la conversación con Manuel Mejía Vallejo que tuvo lugar en Ziruma en julio de 1987 o, mejor dicho, con la introducción a la entrevista que yo entonces escribí:

En la paz del atardecer, preñada su voz de recuerdos de antaño, así como también sabiendo ser el que es, un bondadoso patriarca antioqueño que mira el mundo con mucha ternura y compasión, Manuel posó para Jesús Dapena –que ese día se tomó vacaciones de psicoanalista para hacer de fotógrafo–, bromeó con mis dos hijos que nos habían

acompañado, ofreció bebidas y recordó. Sobre todo, recordó, recuperando aquellas vivencias vinculadas con el barrio de Guayaquil, la muerte de Gardel y la bohemia literaria y tanguera que luego reaparecerían recreadas en su novela *Aire de tango*.

Notas

- 1 “Tengo miedo del encuentro con el pasado que vuelve/ A enfrentarse con mi vida/ Tengo miedo de las noches que pobladas de recuerdos/ Encadenen mi sonar/ Pero el viajero que huye/ Tarde o temprano detiene su andar...”. *Volver* (1934), tango de Carlos Gardel y Alfredo Le Pera.
- 2 “Las imágenes saliendo quién sabe de dónde se arremolinan: el Manuel parrandero infatigable, el padre tierno y el entrañable amigo de sus amigos, el querido maestro al frente del taller literario de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín y, de pronto, la memoria caprichosa selecciona una imagen y se queda fija. Ahí está el *paisa* Manuel abrazando al canadiense Kurt Levy, ambos agradecidos de la mutua amistad”. Jorgelina Corbatta, “Recordando a Manuel Mejía Vallejo: el hombre y su obra”, en Jaramillo, M. M., Osorio, B., Robledo, A. (comps.). (2000). *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX. Vol. I. La nación moderna. Identidad*, Ministerio de Cultura, p. 368.
- 3 Segundo premio en el “Concurso Nacional de Ensayo sobre la obra de Manuel Mejía Vallejo”, Colcultura, 1997, con mi ensayo titulado “*Aire de tango* de Manuel Mejía Vallejo: emblema del tango en Antioquia”, bajo el seudónimo de “La novia del Plata”, premio otorgado por unanimidad por los escritores colombianos Luis Fernando Macías, Juan José Hoyos y Mario Escobar Velásquez. Otros artículos son: “Notas para un análisis estructuralista genético de *Aire de tango* de Manuel Mejía Vallejo” (*Revista de Estudios Colombianos*, 2, 1987, pp. 18-22); “Historia y mito en *Aire de tango* de Manuel Mejía Vallejo” (*INTI, Revista de Literatura Hispánica* 24-25, otoño 1986-primavera 1987, pp. 137-143); “Manuel Mejía Vallejo habla de tango” (*Revista de Estudios Colombianos*, 9, otoño 1990, pp. 65-69); “Evocación de Manuel Mejía Vallejo. Noticia de un premio. Presencia del tango rioplatense en Antioquia” (*Revista de Estudios Colombianos*, 20, 1999, pp. 8-13); “Recordando a Manuel Mejía Vallejo: el hombre y su obra” (Jaramillo, M. M., Osorio, B., Robledo, A. (comps.). (2000). *Literatura y cultura. Narrativa co-*

lombiana del siglo XX. Vol. I. La nación moderna. Identidad, Ministerio de Cultura, pp. 366-383); "Tango y literatura en Antioquia: Manuel Mejía Vallejo, Óscar Hernández, Mario Rivero y Juan José Hoyos" (Jaramillo, M. M., Osorio, B., Robledo, A. (comps.). (1999). *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo xx. Vol. III. Hibridez y alteridades*, Ministerio de Cultura, pp. 542-583); "Transculturación del tango rioplatense en Antioquia: imaginario colectivo y reescritura literaria" (*Boletín Cultural del Banco de la República*, 1, 2000, pp. 7-28); "Lo que va de ayer a hoy: Medellín en *Aire de tango* de Manuel Mejía Vallejo y *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo" (*Revista Iberoamericana*, LXIX, 204, julio-septiembre, 2003, pp. 689-699).

- 4 Manuel Puig, en nuestro encuentro que, justamente tuvo lugar en Medellín y fuera publicado originalmente en el diario *El Mundo* "antes de dar la vuelta al mundo" en traducciones al inglés, francés, italiano y hasta en ruso, aborda ese fenómeno. "En la Argentina, -dice, el problema era el gusto por lo cerebral: todo lo que implicaba sentimiento, sensaciones, intuición, era dudoso. Lo prestigioso era lo cerebral, así como en la conducta tenía mucho

más prestigio la reserva, la medida. La estridencia, el exceso, ¡jamás! Lo español y lo italiano, en la Argentina era considerado de clase baja; en cambio, tenía un gran prestigio lo inglés, que era siempre lo medido, y lo francés, en segundo término. Un país totalmente adolescente, país formado por una gran masa de inmigrantes de principio de siglo y cuya actitud era, pretendía ser, la de adultos" (Corbatta, J. (2009). *Manuel Puig: mito personal. Historia y ficción*. Corregidor, p. 259). En 1979, en el antes mencionado viaje a Medellín, tuvimos con Manuel varios encuentros y ese fue el comienzo de una larga amistad (cf. sus cartas, en mi libro). Es importante mencionar que Manuel, literalmente, se enamoró de Medellín, su clima y su gente y nunca pudo entender demasiado cuando me fui a los Estados Unidos, primero a estudiar y luego a enseñar.

Jorgelina Corbatta. PhD, Profesora Emérita de Wayne State University y analista académica de Michigan Psychoanalytic Institute.

Manuel Mejía Vallejo (1923-2023)

Dos momentos

Elkin Restrepo

Para Dora Luz

1. 20/10/2017

Hay un Manuel que se fue superponiendo al otro, al conocido, al narrador y autor galardonado nacional e internacionalmente y que, por momentos, le disputaba supremacía. El Manuel Mejía oral, aquel capaz de tener a su auditorio y amigos prendidos a una historia quizá real, quizá inventada o

ambas cosas. No necesitaba de mucho para entonarse: una silla, un vaso de ron y el interés de aquellos que, al oírlo, sabían que escuchaban al último grande de una tradición intelectual que moldeaba una anécdota o una historia con el desparpajo, la gracia y la imaginación del contador de cuentos que, como los rapsodas, no hacía mucho, iban de pueblo en pueblo y hacían de la